

REFLEXIONES SOBRE LAS COALICIONES POLITICAS

Por ANTONIO ROBLES EGEA

El tema de las coaliciones, alianzas o pactos aparece con luz propia en la vida de nuestra democracia siempre que el poder político se pone en juego mediante elecciones o votaciones. Las pasadas elecciones municipales, provinciales y autonómicas han demostrado que las alianzas políticas, en todos sus planos, electorales, parlamentarias y gubernamentales son mecanismos legítimos para formar mayorías, elegir poderes ejecutivos y realizar determinados proyectos. También, en un sentido contrario, las coaliciones sirven para evitar la formación de una mayoría, lograr la destitución de alcaldes y presidentes y controlar la acción política de los gobiernos. Sin embargo, un tanto distante de lo que pasaba en los ayuntamientos, diputaciones y Parlamentos autonómicos, la mayoría absoluta de una muestra de población, según reflejaron unas encuestas de opinión realizadas pocos días después de la jornada electoral, era partidaria de que gobernaran los partidos más votados, aunque no tuvieran el apoyo de una mayoría sólida, pues consideraban más honesto y/o eficaz el gobierno en solitario de un partido que el de una alianza.

Esta creencia no puede ser más que el resultado de una concepción negativa y errónea del diálogo político, de la implementación de los acuerdos logrados y de los actores que protagonizan tales tareas. En definitiva, de la política misma. Las supuestas implicaciones negativas de la práctica de pactos electorales o poselectorales señaladas por la opinión pública, y también por algunos politólogos, no tienen que ser necesariamente tales. Las alianzas no desembocan ineluctablemente en falta de honestidad o de eficacia y tampoco en inestabilidad de gobierno, como cabría imaginar a primera vista, si bien no cabe suponer con certeza que su existencia sea condición *sine qua non* para asegurar la perfectabilidad moral de los políticos coaligados ni su eficacia

en la gestión, lo que dependerá de muchos otros factores. Desde un planteamiento más complejo, como el que vamos a iniciar a continuación, y con un detenimiento más pausado en este fenómeno político percibiremos con más claridad algunas posibilidades, aún no desentrañadas totalmente, de las coaliciones en los sistemas democráticos, como pueden ser la ampliación cualitativa de la participación y el aumento de la estabilidad global del sistema democrático.

* * *

De la misma forma que la economía organiza su mundo sobre las necesidades y la sociedad se estratifica en función de diferentes prestigios, el mundo de la política, entendido como control de las decisiones que afectan a la colectividad, se refleja en las luchas por la consecución del poder y la conservación del mismo (1). Desde que todos los grupos sociales tienen, en teoría, acceso a la participación política después de las revoluciones liberales y democráticas, la discusión, el conflicto y otras formas de enfrentamiento son una realidad institucionalizada. El fondo social donde unos actores, individuales o colectivos, mandan y otros obedecen, gracias a complicados mecanismos, se llena de actitudes emocionales acerca del triunfo y del fracaso. La convivencia social apenas puede esconder, a veces de forma sutil y habilidosa, las tensiones generadas por desigualdades de todo signo. Por encima de los obedientes, las autoridades. Por debajo de los ricos, los pobres. Las elites dirigen y la masa les sigue. La política se convierte en galvanizadora de todos los deseos de poder y muestra los intereses económicos, sociales e intelectuales. La evolución de las sociedades occidentales de los siglos XIX y XX desvela una carrera hacia el control más absoluto posible del poder por cualquier tipo de medio. Sin embargo, sólo acciones de sentido contrario (resistencia, desobediencia) o la misma competencia por la conquista de las cumbres del Estado impiden la sumisión total de los ciudadanos, máxime ahora que nuevos medios técnicos de comunicación e información la favorecen, y potencian la coparticipación en las decisiones políticas respectivamente.

Los grupos o clases sociales apartados del proceso de toma de decisiones políticas, como pudieron ser el proletariado en el siglo pasado o las mayorías negras de Sudáfrica en el presente, sufren las insatisfacciones de no ver realizados sus intereses, que lógicamente se traducen en un deseo de igualdad con el resto de los miembros de la sociedad. Esa conciencia de inferioridad

(1) MAX WEBER: *Economía y sociedad*, FCE, México, 1974 (4.ª reimp.), págs. 46, 242-246, 273-275 y 695-696.

se convierte en lucha pública por acceder al poder (o al lugar donde se decide), lo que es inimaginable en una sociedad del estilo del Antiguo Régimen.

No siempre esta lucha viene acompañada por el éxito. El poder crea los mecanismos suficientes para defenderse a sí mismo e incluso perpetuarse (2). Si el grupo que pretende asaltar la fortaleza no está cohesionado y es minoritario difícilmente alcanzará su objetivo, salvo raras excepciones, y un sentimiento de frustración se apoderará de sus integrantes hasta que los problemas que le impiden su triunfo sean solucionados y vuelva a iniciar de nuevo el ataque. Por consiguiente, deberá de aumentar su fuerza y emplear tácticas diferentes.

Ante la triste realidad de su impotencia, los grupos que pretenden insertar innovaciones en la sociedad se organizan para intentar conseguir sus objetivos. En los primeros años de este siglo el partido político representa el medio adecuado para ello, aún a pesar de que no posee todavía las características de «modernidad» que hoy se le atribuyen. En el seno del partido se decide la táctica y estrategia (reforma, revolución o ambas compaginadas) que se deben de emplear según el grado de flexibilidad que tenga el régimen político o el alcance de los planes perseguidos y la posibilidad de pactar con otros grupos políticos que pretendan la misma finalidad, al menos en parte (3). Cuanto más utópica e irreal es la meta a lograr, más alta resulta la frustración que modifica de forma progresiva el idealismo anterior en pragmatismo. En otros casos, el mantenimiento del objetivo final (anticonstitucional, revolucionario, socialista) condiciona la categoría de partidos antisistema que tienden a fraguar una coalición en los márgenes del régimen para destruirlo, aunque sus objetivos no estén en el mismo plano final. El deseo de conseguir el poder aniquilando todo lo que el sistema anterior significa estrecha fuertemente los lazos entre los que identifican el mal con el Estado en el que viven. De esta forma la acción común concretada en coaliciones políticas sólo es realizable una vez que las condiciones sociales dan conciencia a diferentes clases o grupos sociales (en su base y en sus elites) de la identidad de sus intereses coyunturales y estructurales. A partir de ahí, y si se produce el acoplamiento, éste incrementa el poder social y político de los participantes y sólo entonces serán tenidos en cuenta por sus adversarios.

El pacto del que hablo no se realizaría si no fueran las clases sociales agregados de individuos en un marco abierto y diverso que permite un com-

(2) W. F. OGBURN: «Inmovilidad y persistencia en la sociedad», en R. NISBET, T. S. KUHN y otros: *Cambio social*, Alianza Universidad, Madrid, 1979, págs. 52-73, y ARNO J. MAYER: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Universidad, Madrid, 1984, págs. 14-25.

(3) J. CHARLOT: *Les partis politiques*, Armand Colin, París, 1971, págs. 219-225, y G. SARTORI: *Partidos y sistema de partidos*, Alianza Universidad, Madrid, 1980, págs. 165-185.

portamiento a veces no previsible. Al decir esto pongo en duda formulaciones rígidamente deterministas en las que a una identidad de intereses económicos seguiría automáticamente una acción política colectiva. Lo que me interesa señalar es que cada grupo social presenta una serie de características comunes a los otros y se establecen entre ellos puentes mediante los que comunicarse (4). Ejemplo de esta hipótesis pueden ser la burguesía y el proletariado. La primera tiene sus propios orígenes en el lejano campesinado medieval y una vez alcanzado su poder absorbe en su seno parte de la aristocracia y del artesanado. El proletariado, a su vez, también proviene del campesinado y durante los procesos de industrialización se «enriquece» por la integración de no pocos oficios urbanos tradicionales y pequeños propietarios arruinados, lo que viene a configurar una clase internamente jerarquizada y plural, tal como también lo es la burguesía en el siglo XIX. Y entre la burguesía y el proletariado se puede hablar de una no menos plural clase media, de cuya existencia hoy, por fin, nadie se ruboriza.

No es de extrañar, por tanto, que la diversidad social dentro de una misma clase genere actitudes distintas. Al no existir una delimitación nítida y excluyente de pertenencia a un grupo social, máxime cuando existen procesos de movilidad social desde las revoluciones liberales, la coincidencia de objetivos entre fracciones de clase distinta es un hecho en determinados momentos históricos, sobre todo en los umbrales del tránsito entre grupo y grupo (5). Recuérdese cómo los estratos más bajos de la burguesía francesa se aliaron con la clase trabajadora urbana durante los momentos revolucionarios de 1848 para conseguir una profundización de la democracia política en las sociedades liberales. También la «pequeña burguesía» comercial profesional española de los siglos XIX y XX estableció ligaduras con otros grupos sociales en aquellos lugares donde la industrialización fue pionera: el federalismo (Partido Federal) y el societarismo (Tres Clases de Vapor) fueron hegemónicos en el movimiento obrero catalán entre 1860 y 1890.

Entendiendo que lo político incluye a un mismo tiempo la toma de decisiones políticas, el reparto de la riqueza y la jerarquización de *status*, la formación de coaliciones políticas pone en un solo plano intereses comunes de diversa categoría. Por esto, la consecución de alianzas políticas resulta difícil ante la problemática que la vida pública lleva en sí misma. El control y la vigilancia de los objetivos y tácticas propuestos deben recaer sobre comisiones o grupos que reflejen la distribución del poder real político y

(4) J. A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Folio, Barcelona, 1984, págs. 35, 37, 45-46, 188-197 y 210-218.

(5) B. MOORE: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1976, págs. 344-345, 354 y 387.

social de las fuerzas coaligadas. Sin embargo, el incremento de la fuerza de acción —electoral, parlamentaria, gubernamental o simplemente de influencia sobre el poder a través de manifestaciones, mítines que pueden proyectarse hacia intentos revolucionarios— ayuda de forma considerable a la constitución normativa de las bases de la alianza. Pero esta fuerza comienza a debilitarse si los logros alcanzados no satisfacen a todos los coaligados o si el resultado de la acción evidencia un fracaso, con lo que se inicia el fraccionamiento de la unidad, y lo mismo ocurrirá si las condiciones de la formación no son respetadas por líderes o grupos de los aliados. No obstante, el producto de toda alianza dentro del sistema o en sus márgenes causa un cambio favorable en su operatividad política (6).

La transformación producida en el espacio político al agruparse sus fuerzas coincide con un cambio en los objetivos perseguidos por la nueva alianza, haciéndolos más extensos. En muchos casos las coaliciones políticas se presentan a los ciudadanos como portadores del interés global de la nación, del pueblo o del proletariado. Así, pues, en determinadas coyunturas de los siglos XIX y XX conjuntos de variables interrelaciones (sociales, culturales, económicas, políticas, nacionales e internacionales) han hecho posible pactos entre amplios sectores sociales que se organizan políticamente tratando de lograr la innovación de la realidad nacional, según los criterios de la época, y que afectan globalmente a la sociedad.

El seguimiento de tal conjunto de complejos intereses y grupos que se plasman en un proyecto político se hace, pues, en el campo de la política. Por consiguiente, voy a tratar de sugerir en las líneas que siguen algunas de las variables histórico-políticas que explicarían la formación, el desarrollo y la desaparición de coaliciones integradas por diferentes grupos sociales y políticos.

Desde el marco histórico de la evolución del Estado liberal durante los siglos XIX y XX, cuyos principios constitucionales (derechos individuales, libertades públicas, regulación de los mecanismos políticos) permiten la lucha por un poder controlado por minorías, se puede ver cómo el Estado ha ido integrando intereses contrapuestos y evolucionando del purismo liberal originario al keynesiano *Welfare State*. El ejercicio restringido del poder se ha orientado hacia su democratización a la largo del proceso. Para explicar fenómenos puramente políticos es preciso introducirse en este escenario de transformación estatal, aunque se parta de la aceptación de que las desigualdades económicas y sociales inducen, por distintos caminos, la acción política. En ésta, múltiples razones posibilitan el pacto entre actores diversos, y a

(6) DOUGLAS W. RAE: *Leyes electorales y sistema de partidos políticos*, Citep, Madrid, 1977.

veces enfrentados, tratando de conseguir sus intereses comunes. Las coaliciones políticas son un equilibrio entre la escisión y el consenso dentro de la organización social, y que, pretendiendo conquistar o influir en el poder político, utilizan el conjunto de recursos disponibles por sus integrantes. De esta forma, la estructura de fracturas de un sistema social crea los elementos sobre los que se forman las alianzas. Desde el momento en que se constituye la coalición nace una práctica común, parcial y total, y un silencio tácito acerca de las diferencias que antes existían entre los coaligados, reforzando los intereses mutuos sin que por ello pierdan la identidad. Diversos autores coinciden en que en las sociedades donde existe la posibilidad de formar múltiples coaliciones disminuye la gravedad de los conflictos, ya que éstos siempre podrán ser amortiguados por reajustes de fuerzas (7). Pero al mismo tiempo, y como consecuencia de lo anterior, disminuye la permanencia de los acuerdos que permiten la actuación común, reciclando así la necesidad de nuevos pactos.

Las coaliciones de grupos políticos y sociales pueden convertirse en formas nacientes de organización social y de hecho inician con su acción un proceso que, a través de la reforma o la revolución, estabiliza nuevos tipos organizativos que consagran sus presupuestos, funcionamiento y objetivos. Una vez logrados estos últimos, la coalición desaparece al perder sus rasgos constitutivos, aun siendo probable su persistencia en alguna otra forma institucionalizada.

* * *

Las acciones individuales y colectivas de los hombres entran en contacto con la actuación de otros individuos estableciendo relaciones de enfrentamiento o de conciliación. La pertenencia a grupos sociales distintos no impide la colaboración, máxime si la distancia social que les separa, el modo de vida o los objetivos perseguidos no son excesivamente diferentes (8), por ejemplo, las clases urbanas artesanales y los propietarios de pequeños comercios de la ciudad. Por el contrario, el enfrentamiento se produce, en la mayoría de los casos, entre los grupos e individuos más alejados en la estructura social, tanto por su poder económico como por su relación «ambiental», por ejemplo, los dueños de empresas industriales y sus trabajadores a fines del siglo XIX.

(7) LAWRENCE C. DOOD: *Coalitions in Parliamentary Government*, Princeton University Press, 1976, págs 13, y M. TAYLOR/V. M. HERMAN: «Party systems and Government Stability», en *American Political Sciences Review*, vol. LXV, núm. 1, marzo 1971, págs. 30 y sigs.

(8) F. PONTEIL: *Les classes bourgeoises et l'avènement de la démocratie, 1815-1914*, Editions Albin Michel, París, 1968, págs. 11, 13, 16-17 y 19-20, y R. DAHRENDORF: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, 3.ª ed., Rialp, Madrid, 1974, pág. 111.

Ambas posibilidades se ofrecen porque las clases o grupos sociales en las sociedades occidentales contemporáneas tienen caracteres osmóticos (9).

Los factores que ayudan al pacto de diferentes grupos son difíciles de dictaminar sin atender a los casos concretos, pero es evidente que, en líneas generales, la relación poder real-aspiraciones puede ser significativa. El alejamiento del poder institucional y unos objetivos comunes, como puede ser la democratización del sistema político, conducen a una alianza de los sectores sociales privados de la participación política. Esto se ve en la sociedad liberal de sufragio censitario a la que se oponen las pequeñas fortunas y los desposeídos (por ejemplo, la monarquía de Luis Felipe en Francia), o en los regímenes autoritarios con democracia limitada donde distintas plataformas («obreras», «burguesas») tratan de conseguir la destrucción o la reforma del sistema (por ejemplo, el régimen de Franco en España). También la escasez de las propias fuerzas crea la conciencia de la necesidad de acordar alianzas con otros grupos, ya sea tanto para mantener el poder como para arrebatarlo (10). En todo caso, el pacto se articula sobre intereses comunes, aunque muy difícilmente llegan a ser generales y totales para todos los aliados. La distinta procedencia y la diferente posición social de los coaligados establecen planes en los que se refleja la jerarquía de poder entre los miembros de la coalición.

Desde otro punto de vista, el de la estrategia-táctica, determinadas coyunturas, caracterizadas por la escisión de la sociedad en dos bloques ante un problema concreto y/o un momento de inestabilidad política, son propicias para la conjunción. Son los casos de la bipolarización social en la Francia del *affaire Dreyfus* o la práctica de frentes populares. Algunos populismos muestran la vinculación social de diferentes grupos arrastrados por la personalidad de un líder demagógico que forma un movimiento guiado por ideas nacionalistas, revolucionarias, populistas (11). Pueden tomarse los ejemplos de Lerroux, Gandhi o Perón.

(9) Sobre la cuestión de la porosidad de los grupos sociales en las sociedades contemporáneas, véanse, en K. MARX, el capítulo I de *La ideología alemana* (el nacimiento de la burguesía), *La miseria de la filosofía* (el nacimiento del proletariado), el libro III de *El Capital*, el propagandístico *Manifiesto comunista* y los estudios de caso: *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* y *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. También, R. BENDIX/S. M. LIPSET: *Clases, estatus y poder*, t. I, Euramérica, Madrid, 1972, págs. 49-61; J. SCHUMPETER: *op. cit.*, págs. 33-46; G. GURVITCH: *Études sur les classes sociales*, Gouthier, París, 1966, pág. 101; M. HALBWACHS: *Las clases sociales. Análisis de los móviles que orientan la actividad de los individuos en la vida social*, FEC, México, 1978 (5.ª reimp.), págs. 186, 192-193.

(10) N. POULANTZAS: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, Madrid, 1975, págs. 311-317.

(11) A. TOURAINE: «Les mouvements sociaux: objet particulier ou problème central de

Las alianzas de clases o grupos sociales siempre acaban por fraccionarse y disolverse. No sólo la consecución de parte de los objetivos propuestos genera el desgajamiento de los miembros siguiendo la teoría del «fin del camino juntos» tras la fatigosa instrumentalización política de la alianza, sino que también se provocan escisiones en la coalición cuando la táctica-estrategia empleada para conseguir los objetivos no es unitaria, provocando la lucha entre las fracciones y en muchos casos la salida o expulsión de integrantes (12). Por otro lado, la extinción de la causa de la coalición condiciona enormemente su mantenimiento. De cualquier modo, las alianzas son efímeras si no llegan a un marco de vida asumido por todos los elementos del nuevo grupo social, ya sea en el poder o en la oposición.

En la realidad histórica, la formación, desarrollo y extinción de alianzas de distintos grupos sociales resulta compleja por el número de variables que la envuelven y deja en minoría explicativa a la teoría, si bien los rasgos generales expuestos se observan desordenadamente. Barrington Moore, analizando múltiples factores y situándose en su contexto geográfico-histórico, demuestra, en sus ya clásicos estudios, cómo los enfrentamientos entre el mundo de los intereses rurales y urbanos ayuda a la democratización, mientras que la unión de obreros y campesinos contra rentistas (agrarios, financieros e industriales) y fabricantes la desfavorece (13). También explica Moore el juego de alianzas y conflictos de grupos sociales como factor desencadenante de procesos radicales de cambio social y político en un marco de inestabilidad e incierto futuro: las revoluciones «burguesas», que conducen progresivamente a la democracia parlamentaria, serían, en parte, fruto de las luchas entre clases urbanas en proceso de expansión económica y las clases dirigentes tradicionales y agrarias, que mantienen el control del poder político (14).

En la vida social los grupos actúan entremezclados en relaciones de conciliación y conflicto. Su acción consciente, en cuanto constituyen una organización, puede convertirles en sujetos de acción histórica y desde luego están en el engranaje de la causación de hechos históricos como un elemento más que requiere nuestra atención. Analizando el proceso revolucionario iniciado en Francia (15) a finales del siglo XVIII se observa cómo las alianzas de grupos

l'analyse sociologique?», en *Revue française de Sociologie*, XXV, 1984, págs. 3-19 (véase, en concreto, su idea de movimiento social).

(12) M. DUVERGER: *Los partidos políticos*, FCE, México, 1974, pág. 311.

(13) B. MOORE: *op. cit.*, págs. 343-344.

(14) *Ibidem*, pág. 347.

(15) Desde una perspectiva marxista, pueden seguirse los problemas que a nosotros nos ocupan en un texto colectivo de Y. C. LEQUIN, M. VOVELLE, J. P. SCOT y otros, titulado *La France contemporaine. Identité et mutations. De 1786 à nos jours*, Editions Sociales, París, 1982.

sociales se producen por mecanismos complejos y diversos. Desde los mitos de la Revolución —igualdad, libertad— hasta la crisis del antiguo Estado, pasando por otras causas que no es menester tratar a fondo aquí, influyen en la acción conjunta del pueblo para la toma de la Bastilla, entendida como el símbolo de la represión anterior. En ese momento y allí están unidas, bajo la denominación de Tercer Estado, las clases altas y populares urbanas. Sin embargo, poco a poco, separan el ideal de su acción por los progresivos logros del nuevo poder establecido. Alcanzada la libertad económica y política, y logrado el poder por las fracciones más poderosas de la burguesía, la conquista de la deseada igualdad tiene que esperar. Las sucesivas generaciones revolucionarias nacidas en los estratos sociales más bajos aspiran a participar en la sociedad liberal desde las primeras décadas del siglo XIX. Su frustración se acaba cuando aliadas de nuevo con las clases populares urbanas enarbolan la bandera de la democracia (igualdad más libertad) para triunfar en 1848 (16). El éxito se torna efímero porque la concesión del sufragio universal (entonces símbolo de la democracia) hace aparecer el miedo al espectro rojo de los trabajadores. De nuevo surge el temor a la igualdad. La alianza clases medias-pueblo queda rota. El deseo de seguridad y orden, típico de la mentalidad conservadora, prefiere ser protagonista de segundo grado antes que actor principal. La pequeña burguesía, como la llama Marx, se pliega entonces a los grandes financieros, industriales y poderosos propietarios agrarios, remitiéndose a un caudillo (Luis Bonaparte) que le permite conservar su superioridad económica sobre el «proletariado». Cincuenta años tardarán las clases medias francesas en liberarse de la hegemonía política de los grupos de poder conservadores (17): de nuevo una explícita alianza con organizaciones obreras continuará la obra de democratización y secularización emprendida durante la II República (18). En la escindida Francia del *affaire Dreyfus*, el llamado «Bloc des Gauches» integra al «Partit Radical et Radical-Socialiste» y a los socialistas *jauressistes*. Los intereses comunes de las clases urbanas mayoritarias quedan expresados políticamente, y la conquista del poder en 1902 (Emile Combes) abre un proceso de cambio en las estructuras sociales y políticas. No obstante, los objetivos de igualdad económica sólo se alcan-

(16) F. PONTEIL: *op. cit.*, págs. 505-506.

(17) Para la historia política de la III República francesa son imprescindibles los textos de F. GOGUEL: *La politique des partis sous la Troisième République*, Editions du Seuil, París, 1946, y el reciente de J. M. MAYEUR: *La vie politique sous la Troisième République*, Ed. du Seuil, París, 1984. Este mismo autor tiene un monografía dedicada a los comienzos de la III República: *Les débuts de la Troisième République, 1871-1898*, Ed. du Seuil, París, 1973. Véanse especialmente las páginas 211-221.

(18) Véanse las páginas citadas del segundo libro de J. M. MAYEUR, acabado de citar.

zarán, en parte, por medio de pequeñas reformas sociales y tributarias, lo que deriva al socialismo más radical hacia posturas maximalistas mientras consigue la unidad de las fuerzas obreras con otra alianza (S.F.I.O.) (19). A pesar de la ruptura del «Bloc des Gauches», en determinadas coyunturas caracterizadas por la tensión social y política se reanudan los pactos radical-socialistas para preservar la política democrática (por ejemplo, «Cartel des Gauches» y «Front Populaire») (20).

Pero si en Francia vemos alianzas que persiguen la democracia y la supremacía del mundo urbano sobre el rural, en Alemania, por ejemplo, nos encontramos con una realidad diferente. Aquí, el pacto de los grandes propietarios agrarios y la gran burguesía comercial, financiera e industrial, en vías de expansión, está vigente hasta el final de la Primera Guerra Mundial: «... una clase comercial y dependiente para conquistar el poder por sus puños y que, entonces, se echa en brazos de una aristocracia agraria y burocracia real, canjeando el privilegio de gobernar por el de hacer dinero» (21), para mantener el poder político anquilosado en los viejos moldes aristocráticos. Este tipo de alianzas en la cúspide del Estado constituye un gobierno autoritario con algunos rasgos democráticos (Parlamento con poderes limitados). Frente a él, las clases medias urbanas, los pequeños campesinos y los obreros tratan de conseguir importantes reformas, pero si no las alcanzan pronto (al contrario de lo que ocurrió en el caso ruso después de la revolución de 1905) la elite rural conservará su anterior gran poder político que como mucho concederá minúsculas y paulatinas reformas sociales tratando de integrar nuevos elementos en el sistema político. Después de la Primera Guerra Mundial, la tentativa de extender la democracia en estos modelos de alianzas conservadoras (República de Weimar, Italia de Giolitti, Japón o la España de la II República) provoca la inestabilidad por la falta de disposición o la imposibilidad de realizar cambios estructurales y abre las puertas a regímenes fascistas (22).

* * *

La creación de una coalición política no puede quedar condicionada por un sólo factor. Son varios los que de manera interrelacionada, aunque puede

(19) M. RÉBERIOUX: *La République radicale? 1898-1914*, Ed. du Seuil, París, 1975, págs. 42-116.

(20) H. DUBIEF: *Le déclin de la Troisième République, 1929-1938*, Ed. du Seuil, París, 1976, págs. 153-170, y PH. BERNARD: *La fin d'un monde, 1914-1929*, Ed. du Seuil, París, 1975, págs. 208-237.

(21) B. MOORE: *op. cit.*, pág. 354. La misma opinión, en A. J. MAYER: *op. cit.*, pág. 22.

(22) B. MOORE: *op. cit.*, págs. 354-355.

predominar uno especialmente, influyen en la conclusión de pactos políticos una vez que las elites de los grupos interesados los realizan, en muchos casos presionados por las bases que representan.

En primer lugar, influyen de manera directa las circunstancias históricas y las tradiciones nacionales. Como antes apunté, en momentos de alta tensión política (en Francia durante la última década del siglo XIX o en las elecciones del Frente Popular en España), la bipolarización va acompañada de reagrupamientos generales que se enfrentan dualmente. O bien, la práctica tradicional de pactos entre el artesano y los obreros a lo largo de todo el siglo XIX francés o la alianza en el poder de la aristocracia y los grandes financieros alemanes en el mismo siglo.

Pero, sin embargo, son los valores políticos creados por las revoluciones liberales (participación, libertad, igualdad, democracia) los que inciden más notablemente sobre el juego de pactos y el deseo de poder en el marco de los subsistemas electorales y de partidos. En el polo opuesto, se ha de tener presente que los regímenes autoritarios han sido contestados por amplias formaciones de elementos heterogéneos agrupados bajo el lema de la libertad, la democracia, etc. Esto se comprueba, por ejemplo, con la conjunción republicano-socialista contra la Monarquía de Alfonso XIII y en concreto contra el maurismo, con la oposición popular socialista en la Alemania Imperial de Bismarck o con los Frentes de Liberación Popular contra Franco en la España de la década de los años sesenta.

Las características del sistema de partidos (23) permiten mayor o menor posibilidad de practicar alianzas y diseñan, al mismo tiempo, sus peculiaridades. Un régimen bipartidista sólo genera excepcionalmente alianzas ante una cuestión de política exterior o de Estado. En un sistema multipartidista, las alianzas se producen si una fuerza consigue realizar pactos para alcanzarlas, pero entonces el sistema electoral y el modo de escrutinio es decisivo para ello (24). Aunque el sistema electoral incide decisivamente sobre el juego político al marcar algunas de sus reglas más importantes, es difícil ver con exactitud cómo influye sobre la formación de alianzas. Teóricamente, la representación proporcional permite la completa independencia de las fuerzas electorales. Si el escrutinio es mayoritario a una vuelta, las alianzas son fuertes cuando el sistema de partidos es múltiple, y si sólo existen dos partidos, la independencia es casi total, pues la alternancia en el poder configura una táctica-estrategia definida siempre en función del otro, y en la que el pacto

(23) G. SARTORI: *op. cit.*, págs. 320-375, y M. DUVERGER: *op. cit.*, págs. 312 y sigs.

(24) D. W. RAE: *op. cit.*, y M. DUVERGER: *L'influence des systèmes électoraux sur la vie politique*, Armand Colin, París, 1950, Cahiers de la FNSP, núm. 16, págs. 11 y sigs.

o negociación aparecen en escasas ocasiones. Junto a los dos partidos hegemónicos, el resto de las fuerzas políticas son de reducida potencia y están situadas al margen del eje de decisiones. Estos pequeños partidos sí aspiran a realizar su conjunción para ejercer mayor presión sobre el poder establecido. Sin embargo, se muestran incapacitados para ello por su ubicación a la derecha e izquierda el eje central del sistema. Si la coalición se produce, su fortaleza aumenta, pero nunca llega a alcanzar el rango de actor principal en el juego político. Así se explican las dificultades para la formación de alianzas y la fragilidad de las mismas ante limitaciones temporales, espaciales o ideológicas. Esta impotencia para transformar su situación o para integrarla en el mecanismo de decisiones parlamentarias o gubernamentales da lugar a radicalismos políticos y sociales. Su deseo de participación política se ve limitado técnicamente, lo que produce una teoría demagógica para poder acceder al poder, en muchos casos completamente alejada de los verdaderos intereses de los pequeños partidos. Un ejemplo de esta práctica se encuentra en la actuación de los partidos republicanos y socialistas en la España de la Restauración, partidos antisistema que, a pesar de su moderación, se ven obligados a realizar un modelo de reformas sociales basado en la necesidad del cambio de régimen. Si el escrutinio es mayoritario, pero la lucha electoral la realizan varios partidos de tamaño similar, las alianzas que se establecen son muy estrechas, «ya que entonces se hace necesario repartir las circunscripciones antes de la elección, del modo de permitir a los electores concentrar sus votos en el candidato único de la coalición [...] la alianza es, pues, más difícil de realizar, pero una vez concluida, implica una colaboración más profunda (25). Aquí la tendencia del sistema es eliminar a los participantes, por lo que las coaliciones pueden devenir partido o coalición estable ante el futuro dualismo político. Un ejemplo de esta práctica lo tenemos en las elecciones danesas de 1910, cuando socialistas y radicales no se enfrentaron en ninguna circunscripción. Cuando el escrutinio es mayoritario a dos vueltas también nacen coaliciones estrechas y cohesionadas. Normalmente éstas se producen expresamente en la primera vuelta o tácitamente en la segunda, cuando sólo dos candidatos pueden optar al triunfo, después de la derrota o retirada del resto. El caso francés durante la III República lo puede ilustrar: los partidos políticos denominados de izquierda se alían para obtener el triunfo electoral en 1902 (Bloque de Izquierdas), 1924 (Cartel de Izquierdas) y 1935 (Frente Popular). Estas coaliciones, previstas antes de la fecha de las elecciones, eran a floración de tradicionales pactos en algunas localidades, por lo que tácitamente se retiraba el candidato socialista o radical para que la suma de los votos

(25) M. DUVERGER: *op. cit.*, pág. 353.

de ambos diese la victoria sobre el candidato conservador. También se puede decir que son alianzas más estrechas y cohesionadas que en el sistema de escrutinio mayoritario uninominal a una vuelta, porque en la segunda vuelta la lucha se plantea entre dos fuerzas políticas que crean una constelación a su alrededor de otras fuerzas, que mantiene una atracción mutua para defender su posición frente a la contraria, considerada muy lejana a sus intereses.

La diversa causalidad en la formación de coaliciones políticas genera una especialidad de las mismas, pero las caras que las coaliciones presentan son tan plurales como los criterios que se utilicen para confeccionar una taxonomía.

Duverger comienza por atender su permanencia distinguiendo coaliciones efímeras y durables (26). Las primeras mantienen un cierto grado de desorganización y provisionalidad. Su único objetivo es obtener ventajas del sistema electoral, derribar un gobierno o sostenerlo. Al contrario, las durables presentan un sólida armazón organizativa y constituyen una especie de superpartido.

Según los planos institucionales donde se realizan las coaliciones, podrán ser electorales, parlamentarias y gubernamentales. Aunque estos niveles pueden no estar conectados, resulta evidente la influencia del sistema electoral. Un sistema mayoritario, en una o dos vueltas, crea fácilmente coaliciones en época electoral de vida efímera, pero no las creará en el Parlamento, pues el partido o la coalición ganadores dispondrán de una clara mayoría, que mantendrá la alianza para poder ejercer el poder ejecutivo. Si embargo, en un régimen multipartidista con sistema electoral proporcional se construyen coaliciones preferentemente en el Parlamento, aunque el índice de solidaridad electoral y el potencial de coalición parlamentaria y gubernamental sean bajos. El grado de facilidad para constituir una alianza electoral o parlamentaria está en relación directa positiva si se trata de un pacto contra un adversario común y negativa cuando se pretende hacer una coalición de gobierno con programa común.

El carácter geográfico y el juego electoral también precipitan peculiaridades en las coaliciones. Las circunscripciones o distritos determinarán el ámbito de la alianza (local, nacional, etc.). Por otro lado, en la lucha electoral los pactos pueden ser tácitos (cuando otro candidato afín retira su candidatura), forzados (si el elector no puede hacer fracasar la coalición) y facultativos, si, a pesar de la alianza de grupos políticos, el elector puede variar el comportamiento de su voto.

Atendiendo al aspecto ideológico de las coaliciones y al lugar que ocupan en el espectro político, caben los pactos de derechas, izquierdas, centro,

(26) *Ibidem*, págs. 325-316.

nacionales o de extremos. Según Sartori, las fuerzas políticas siempre persiguen ocupar el centro del espacio político (27). Hay veces en que existen procesos a largo plazo que reajustan las relaciones de fuerzas, que dan la impresión de ser extremos; por ejemplo, a comienzos de siglo aparecen muchas uniones de izquierda fruto del desgajamiento de los partidos liberales clásicos o del deslizamiento hacia el centro o la izquierda, donde los socialistas, en realidad cada vez más reformistas, aceptan su alianza rompiendo el bipartidismo para crear un sistema multipartidista, o bipartidista, pero con otras connotaciones.

* * *

Una vez que se construye la coalición, gracias al establecimiento de un conjunto de objetivos o a un objetivo común, comienza a esbozarse la táctica que los integrantes emplearán para su consecución. La distribución de roles y el reparto de las conquistas promueve conflictos internos; por eso, según sea el tipo de coalición, así será su cohesión interna. Una alianza para el ejercicio del poder asegura su mantenimiento en diferentes planos: cronológico, ideológico, institucional. Téngase en cuenta, por ejemplo, la permanencia de acuerdos entre la aristocracia agraria y funcionarial y la burguesía industrial-financiera en la Alemania del II Reich. Por el contrario, la coalición de oposición verá disgregarse sus fuerzas si no consigue pronto sus objetivos y requerirá fuertes vínculos ideológicos para permanecer en actividad, por ejemplo, la constelación de fuerzas que envolvían a los carlistas fueron desmembrándose poco a poco; los partidos obreros europeos insertaron en su aparato, entre 1864 y 1917, a una vanguardia intelectual que creó la ideología necesaria para orientar una lucha a largo plazo (28).

La reciente coalición se dota de inmediato con una organización dirigida en su funcionamiento por un Comité de acción, ejecutivo, constituido por delegaciones. Este Comité, especie de Alto Estado Mayor de varios ejércitos, orienta la propaganda, vigila la aplicación de acuerdos y controla la disciplina en la actitud común y en el voto parlamentario. Sus facultades sancionadoras no son muy amplias, pero puede conseguir la expulsión de algún miembro menor de la alianza.

La coalición funciona con un sistema de autolimitaciones. Ninguno de los aliados está en total acuerdo con las declaraciones y programas del reagrupamiento, inclinadas hacia la propaganda y expresadas en términos abstractos y generales. Las diferencias entre los integrantes aparecen en público, pero

(27) G. SARTORI: *op. cit.*, págs. 342-344.

(28) I. L. HOROWITZ: *Fundamentos de sociología política*. FCE, Madrid, 1977, pág. 52.

los intentos de limitación del más moderado sobre el más radical, a pesar de estar presentes, no siempre se hacen explícitos, pues señalarían contradicciones importantes.

Por tanto, organización y programas son los medios para establecer una relación entre los partidos coaligados. La igualdad de los miembros nunca es una realidad, por lo que en el interior de la coalición se establece una cierta jerarquía. Para descubrirla tenemos que atender a la dimensión de cada partido (de elite, de masas), la posición de poder en la acción política (fuerte tradición en el gobierno o en la oposición) o la estructura interior (fuertemente organizado y disciplinado o partido electoral).

A la hora de confeccionar las listas de candidatos se descubre la flexibilidad o rigidez de la coalición. Aunque el sistema electoral en sus variantes puede fijar un mayor o menor grado de cohesión interna, como se ha venido viendo, la disciplina de los coaligados señala la verdadera solidez de la alianza y su posibilidad de triunfo, máxime cuando en el juego interno de la alianza los grupos políticos más pequeños defienden su importancia frente a los grandes.

Los líderes de los diferentes partidos tratan de alcanzar la máxima influencia dentro de la coalición, y para ello apelan a su capacidad para movilizar seguidores (factor predominante para establecer el liderazgo en la coalición). Los partidos populistas y los más radicales son hegemónicos en los momentos electorales, ya que tienen la capacidad de captación del voto a través de sus llamamientos ideológicos y globales, muchas veces demagógicos. Además, una coalición de oposición en el sistema o frente al sistema crea a su alrededor un clima en el que el elemento más radical o extremista controla a los demás. Sin embargo, si la coalición está en situación de ejercer el poder real, es decir, el gobierno del país, el liderazgo de la coalición es asumido por los grupos más moderados, ya que entonces se adecúan mejor a las condiciones institucionales (29), salvo en determinados casos de graves conflictos, por ejemplo, el Frente Popular en España. En este punto, las circunstancias históricas son concluyentes: los momentos revolucionarios o de cambio rápido motivan excepcionalidad, intransigencia, conflicto, mientras que los momentos de reforma y moderación establecen acuerdos, pactos, consensos, etc.

A pesar de las diferencias señaladas sobre los integrantes de la coalición en función de la desigualdad de sus afiliados o electores, de sus organizaciones, de su nivel de aspiración, etc., es importante destacar que en sus desiguales relaciones se sueldan unos lazos de apoyo y solidaridad que permiten

(29) Véase M. DUVERGER: *Los partidos políticos...*, op. cit., pág. 372. Para el tema del liderazgo es básica la obra de M. WEBER: op. cit., págs. 856-889.

caminar a diversos grupos en el mismo sentido, lo que modifica cualitativamente el comportamiento del sistema político.

Pero junto a este tipo de relaciones existen otras con fuerza centrífuga que tienden hacia el aislamiento. Normalmente la consecución de los objetivos devuelve a los aliados su antigua libertad de acción. Las uniones republicanas realizadas durante el régimen de la Restauración en España siempre especificaban que, una vez alcanzada la República, cada grupo intentaría por sí solo conseguir el poder. El «Bloc des Gauches» desaparece una vez concluida su misión. Sin embargo, es más usual que el escalonamiento de los intereses coaligados desprenda, conforme se van alcanzando los objetivos, a los miembros más moderados. La coalición marca un fin de camino mínimo al que todos están obligados a llegar, pero a partir de ese momento la alianza corre el peligro de disolverse. Esto mismo ocurriría si desde la oposición la alianza no realiza sus planes en un tiempo prudencial.

Por otro lado, se advierte que el juego interno de la coalición une unos intereses armónicos y otros opuestos. Los mecanismos organizativos permiten la integración de diferencias, pero si éstas persisten, la alianza atravesará un período de crisis. Además, la desaparición de las causas que generan el pacto, el cambio sustancial en las premisas de la formación, las luchas por obtener candidaturas en las elecciones, los planteamientos tácticos y la huida o expulsión de algún coaligado pueden ser causas de la desintegración de las alianzas políticas.

Singular importancia presentan los casos de coaliciones que apoyan a los gobiernos en régimen parlamentario. La crisis de la coalición o su ruptura puede motivar la dimisión del presidente sin que ésta haya perdido la mayoría. Los mecanismos de la democracia parlamentaria buscarán un reajuste, si es posible, de la anterior alianza que permita mantener al gobierno. Las alianzas pueden desempeñar un papel estabilizador (30).

* * *

El juego de las coaliciones modifica la combinación de variables en el sistema político general. Si bien el aumento de la participación política a través de la ampliación del sufragio en un proceso secular significa un salto cuantitativo en la mejora de las sociedades «democráticas», la participación política por medio de las coaliciones implica un cambio cualitativo en el grado de solidaridad dentro del sistema político, y, en la medida que la confluencia de partidos provoca una fortaleza en la acción, el campo político

(30) H. J. CL. COLLIARD: *Los regímenes parlamentarios contemporáneos*, Blume, Barcelona, 1981, págs. 320-321.

se expande progresivamente sobre nuevas capas sociales, que ven allí representados sus intereses. En las primeras elecciones que participa la Conjunción republicano-socialista española no sólo aumenta considerablemente el número de votantes, sino que, además, todos ellos, incluidos los recién llegados, están inmersos en el espíritu de la coalición.

El grado de participación política afecta también a los líderes políticos. El pacto de partidos significa el reparto del poder interno de la nueva organización. Los líderes democratizan la toma de decisiones en la cúspide, con lo que se pasa paulatinamente de un liderazgo carismático, único —si el partido no está controlado por las bases y se asumen referentes más relacionados con los sentimientos que con la racionalidad— a una pluralidad de líderes que necesitan pactar acuerdos de carácter democrático ante los contrapesos y desequilibrios que se efectúan dentro del Comité ejecutivo de la coalición.

En el plano organizativo, la coalición forma un haz de relaciones entre bases múltiples, comités locales diversos, grupos parlamentarios o ministros de distinta procedencia que necesariamente han de quedar racionalmente explicitadas y en donde las decisiones se tomarán por mayoría. Sobre la base del pragmatismo y la democratización, el idealismo y el realismo se combinan sin que sepamos muy bien dónde discurrirá la vida interna de las organizaciones y su incidencia sobre la escena política. «... ¿En qué dirección se desarrolla el caudillaje en los partidos bajo la presión de la democratización y la importancia creciente de los políticos profesionales, los funcionarios de partido y los interesados, y qué repercusiones tiene esto sobre la vida parlamentaria?» (31).

Desde otro ángulo, los sistemas multipartidistas han sido considerados, debido a la pluralidad de intereses a representar, como estructuras favorecedoras de la inestabilidad política, sobre todo al ponerlos en comparación con los clásicos bipartidismos. Algunos autores (Blondel, Lowell, Laski y Duverge) incluso creen que la estabilidad de un sistema político es función de la sólida mayoría que sustenta el gobierno, de la existencia de un reducido número de partidos consolidados en la oposición y de la mínima representación parlamentaria de las fuerzas antisistema (32).

Estos principios suponen que la agrupación de fuerzas para el ejercicio del poder es un factor no deseable para la estabilidad por el riesgo de descomposición siempre existente. No obstante, recientes investigaciones subrayan que las alianzas políticas en todos sus niveles estabilizan la actuación política, máxime en régimen de multipartidismo, donde incluso se puede llegar a un

(31) M. WEBER: *op. cit.*, pág. 1107.

(32) M. TAYLOR/U. M. HERMANN: *op. cit.*, págs. 30 y sigs.

funcionamiento práctico multipartidista (33). Considerando como factor constitutivo del sistema político su estabilidad, se fomentará ésta, ante una posible crisis de la coalición sobre la que se apoya el poder, si creamos un mecanismo de autorregulación para cambiar los integrantes de las coaliciones, sin que el poder sufra un cambio radical. Como señala Colliard, en los actuales regímenes parlamentarios, el jefe del ejecutivo posiblemente dimitirá antes de sufrir un rechazo si sabe que la mayoría que le apoya ha entrado en descomposición. La dimisión servirá para gestionar a través de negociaciones su posible reelección con una nueva mayoría. Con ello se consigue no avivar la tensión política de las Cámaras parlamentarias y el mantenimiento del funcionamiento del sistema, aun a costa de sustraer la política de su verdadero foro de discusión (34).

Estas consideraciones las creemos perfectamente relevantes a la hora de estudiar el mundo de la política en el siglo xx, que si bien camina a veces por la senda de la irracionalidad, otras lo hace hacia la racionalización burocratizada. Las coaliciones representan un elemento más de esta última dinámica. En suma, la conjunción de distintos grupos sociales o políticos para la consecución del poder o para influir en él hace más complejo y técnico el proceso de toma de decisiones tanto dentro de la coalición como en las estructuras del Estado. La base integrada en el sistema se amplía racionalizando y democratizando la acción política. Y, como reflejo de todo lo anterior, la búsqueda de soluciones se extiende a un número mayor de problemas.

(33) L. C. DOOD: *op. cit.*, págs. 13 y sigs.

(34) H. J. CL. COLLIARD: *op. cit.*, pág. 321.